

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Pero el oficial (Fargeolles) saludó con frialdad y pasó adelante. (Pág. 47, col. 1).

SUMARIO.

ÓDIO Á BORDO, por G. DE LA LANDELLE.
LA CIENCIA PARA TODOS.
FÓRMULAS: Fuegos de colores.

ÓDIO Á BORDO.

POR M. G. DE LA LANDELLE.

SEGUNDA PARTE.

SOR AGLAE.

(Continuación).

Desde que Fargeolles salió del navío-escuela el *Orion*, había adelantado siempre á Renaud por antigüedad, como alumno de primera ó de segunda clase y posteriormente como oficial, y en todos los buques donde habían estado juntos había sido superior en jerarquía á Julio.

Pero la brillante conducta de este en la sublevación de los alemanes de Rio Janeiro, le daba por fin la recompensa; á consecuencia de las reiteradas instancias del conde de Bellegrave, acababa de ser promovido al grado inmediato.

Fargeolles continuaba siendo subteniente, y como la muerte del señor Labranche dejaba vacante á bordo una plaza de teniente de navío, era natural que Julio la ocupase.

—Os doy la enhorabuena, caballero, dijo el

comandante, por el nombramiento que os proporciona la tenencia de la corbeta. Mandad que se reuna inmediatamente la tripulación. Señor Fargeolles, hacedme el favor de escuchar dos palabras.

Julio salió despues de saludar. No tardó en oirse el toque de llamada. Fargeolles se esforzaba en conservar un exterior impasible y esperó que el señor de Kergal rompiese el silencio.

—Conozco, caballero, dijo por fin el capitán de la *Severa*, que vuestra posición á bordo será en lo sucesivo penosa á consecuencia del ascenso inesperado de vuestro colega; sin embargo, podeis estar seguro de mi afecto y sentiria en extremo que trataseis de cambiar de buque.

—No he pensado en tal cosa, mi comandante, respondió Fargeolles con calma. El señor Renaud es mi jefe y sabré obedecerle.

—Muy bien; tengo una satisfacción en que abrigéis sentimientos de moderación que os honran y de los cuales me habeis dado prueba hoy mismo; por la misma razon os declaro que haré tambien cuanto esté de mi parte para suavizar vuestra situación.

Una extraña sonrisa contrajo los labios del subteniente, pues confiaba servirse como de una arma poderosa del señalado interés que le manifestaba el señor de Kergal.

—Os doy las gracias, mi comandante, dijo, y os repito que no omitiré ningun esfuerzo para continuar siendo digno de servir á vuestras órdenes.

El capitán de fragata subió al puente, seguido del subteniente de navío.

La tripulación estaba formada en dos filas. —Será indudablemente alguna invención de *Viento de proa*; se tratará de algun castigo, de alguna formación de causa, pensaban los marineros.

—¡Toque de bando! dijo el capitán. El tambor tocó un redoble de bando al cual siguió el mas triste y profundo silencio.

—¡En nombre del rey! añadió el señor de Kergal descubriéndose; la tripulación de la *Severa* reconocerá en adelante como segundo comandante al señor Julio Renaud, promovido al grado de teniente por real decreto de fecha de 1.º de julio de 1835, y le obedecerá en todo lo concerniente al servicio de Su Majestad.

Al oir las primeras palabras los marineros escuchaban con sombría resignacion esperando el nombre de Fargeolles; pero cuando se pronunció el de Julio Renaud, se oyó un murmullo general de alegría y todos los corazones se ensancharon. Cuando rompieron filas un estrepitoso alborozo reinó en los pasamanos, se estrechaban las manos, se abrazaban, reían, y parecia que todos acababan de salir de un peligro de muerte.

Fargeolles no expresó en el rostro su coraje, pero todo lo veía, y le exasperaba la satisfacción general de los marineros. Un sordo furor fermentó en su alma; la envidia se agregaba desde entonces en ella á su odio, y no cediendo ya tan solo á sus perversos instintos, deseó

con mas afan que nunca vengarse de un rival doblemente venturoso.

A pesar de haber suavizado el señor de Kergal con afectuosas palabras la noticia de la repentina mudanza, Fargeolles estaba fuera de sí, y no podia pensar sin rabia en la primitiva causa del ascenso de Julio.

—Me ha robado la charretera... y es mi jefe! murmuró. A bordo de la *Victoriosa* me pertenecía el mando de la compañía de desembarco, y tomé mi puesto ascendiendo en perjuicio mio! Y trata de oprimirme sin duda! ¡Ah! no me conoce.

Una circunstancia muy natural exasperó aun mas el enojo del subteniente; deseoso Julio de inaugurar dignamente su tenencia, pidió permiso al comandante para perdonar todos los castigos de la tripulacion; ignoraba cómo se habia ejercido la severidad de su antecesor en el espacio de algunas horas, y el comandante, que tambien lo ignoraba, accedió sin dificultad á su deseo y perdonó. Ya se figurará el lector lo que sentiria Fargeolles al ver frustrados sus planes de venganza y crueldad, y que consideró la indulgencia de Julio Renaud como un insulto directo.

Llegó la hora de la comida del estado mayor y se sentaron á la mesa. El cambio que acababa de efectuarse á bordo ocupaba todos los ánimos, pero nadie se atrevió á hablar de tan ruidoso acontecimiento, y la conversacion giró sobre cosas insignificantes.

Sin embargo, el jubilo de la tripulacion crecia por momentos, y tenia lugar un movimiento extraordinario en el alcázar del estado mayor. El pífano y el tambor estaban adornados de cintas; el tío Gaussard aguzaba su facundia, formábanse grupos, se separaban y volvian á formarse en otro sitio; Papillon aparecia en ellos á intervalos, y por último salió á anunciar que se habia servido el café en la mesa del estado mayor.

—Ahora, marineros! gritó Gaussard con tono de maestro de ceremonias; cada cual á su puesto! á formar los caimanes! pífano, tócanos una tonada de birimbao!

La tripulacion, formada en columna cerrada y precedida de sus dos instrumentistas y de Gaussard que habia de desempeñar el cargo de orador, se dirigió hácia la popa. Al momento principió la serenata; el tambor tocó con frenesí la diana y sus mil redobles, y el pífano dió al aire todas las sonatas mas alegres y ruidosas hasta que subieron al puente los oficiales, que abandonaron la mesa al oír el inesperado concierto.

Cuando se presentó Julio Renaud, los doscientos marineros de la corbeta lanzaron con entusiasmo el grito de: Viva el teniente! Gaussard tomó la palabra, y con uno de esos discursos floridos y adornados con todas las expresiones pintorescas del oficio, arengó al oficial, le manifestó la satisfaccion que sentia la tripulacion con su ascenso, protestó del celo de todos por el orden perfecto del buque, ensalzó al ministro y bendijo al monarca.

El comandante Kergal no era capaz de oponerse á una demostracion autorizada por la costumbre, y que es para los pifanos y tambores ocasion de una buena propina, para los marineros de una especie de fiesta, y si el héroe del dia sabe portarse como debe, de una distribucion á sus expensas de una doble racion de vino. Julio se guardó muy bien de faltar á la tradicion. Las francas felicitaciones de los marinos le conmovieron profundamente; confiaba que la autoridad que le daba su ascenso alzaría una barrera entre él y Fargeolles, y que observando una conducta firme á la par que justa y moderada, podría parar todos los golpes de su adversario; finalmente, el recuerdo de Antonina, á quien le aproximaba su nuevo grado, completaba una dicha tan imprevista.

Fargeolles contemplaba desde la toldilla donde estaba sentado aquellas joviales escenas con mirada severa, y estaba combinando ya un plan de ataque basado en la propicia promesa del comandante.

—Eres teniente de navío, pensaba, y yo no soy mas que subteniente! Muy bien! Enhorabuena!... Pero si esperas librarte de mí en adelante, estás engañado. No, no, flamante teniente... tanto en tierra como á bordo tendrás

que habértelas conmigo; yo te lo juro! ¡Cómo! ¡me habrás vencido, herido, reemplazado y perjudicado, y yo habia de ser tu humildísimo servidor? ¡Poco á poco! ya no estamos á bordo de la *Victoriosa*.

El comisario se acercó á Fargeolles y le dijo: —He dejado en vuestro escritorio el paquete del teniente Labranche.

—Bien! bien! respondió el subteniente con impaciencia; pero ahora que estoy desocupado, añadió con amargura, iré á ver lo que contiene.

Se encerró en su camarote, encendió una luz y dirigió su mirada al sobre, escrito con mano trémula por el anciano oficial.

«Al señor Emilio Fargeolles, subteniente de navío.»

—Subteniente de navío! murmuró pensando en Julio. Este título me produce el mismo efecto que una burla. No sé por qué me aterran ahora los papeles del señor Labranche que yo trataba de necedades esta mañana. ¡Bah! sigamos leyendo!

«En caso de morir la persona á que está destinado el presente paquete, será entregado al señor de Kergal, ó en su defecto, al oficial que mande la corbeta la Severa.»

—¡Qué lujo de precauciones! dijo Fargeolles rompiendo la carpeta.

Dentro se veia otro sobrescrito en que se pedia al comandante Kergal, ó á cualquiera otra persona, á excepcion de Emilio Fargeolles, á cuyas manos llegara el manuscrito, que lo quemasen sin abrirlo y sin reservarse la memoria parte.

El subteniente rompió en fin con impaciencia la última carpeta del plego misterioso y leyó lo siguiente:

VII.

LAS CONFESIONES DEL TENIENTE.

«En alta mar de Borbon, 16 de noviembre de 1837.

«Ayer aparejamos y no volveré mas á veros. Nuestra entrevista en casa de la Riziere me ha herido de muerte, y como lo conozco, reuno mis agotadas fuerzas para escribiros la historia de una vida atormentada por los remordimientos. ¡Ojalá os sirva de saludable ejemplo!»

Después de la lectura de este preámbulo, las facciones de Emilio Fargeolles no expresaron mas que asombro.

—¿Qué influencia he ejercido yo sobre el destino del señor Labranche? pensó. ¿En qué pudo afligirle nuestra última conversacion? Fué lacónico y duro, pero cortés; le declaré formalmente que en lo sucesivo no se mezclase mas en mis negocios; cosa muy natural, por vida mia!... Hace cerca de quince años que me perseguia con su proteccion; pero ¿qué tenia yo que ver con él? Aquel hombre era monomaniaco. Ha creído necesario dirigirme un sermón al morir; veamos, tengo curiosidad de saber lo que dice.

«Nací en Brest en 1778 y nunca he conocido á mi familia; lo único que he averiguado se reduce á que mi padre era un marinero muerto en alta mar, y mi madre una mujer de la mas ínfima clase del pueblo que partió detrás de un regimiento abandonándome á la caridad pública.

«Me recogieron los trabajadores del arsenal hasta la edad de ocho ó nueve años, y me dejaron en la calle cuando me juzgaron en estado de poderme ganar la subsistencia. Viví en los muelles como un pilluelo, y por último me embarqué como grumete.

«No tenia fe ni ley, nada sabia ni creia en nada, pero era despejado é intrépido. El patron que me tomó en su barca me enseñó á leer y á escribir, aunque tampoco él era muy instruido.

«En 1796 me hice corsario; triste escuela para un niño que no habia recibido principio alguno! Así, pues, llegué á ser el mas execrable bandido.

«La parte que me tocó ascendia á trescientos mil francos.

«Estaba magníficamente hospedado y amueblado en una casa habitada por una honrada familia de pobres mercaderes. Me gustó su

hija. Acostumbrado á amores obscenos, traté de seducirla, pero se resistió, y exasperado por tal obstáculo, la pedí en matrimonio, mas por capricho que por amor. Sus padres accedieron, desvanecidos con mis prodigalidades.

«Acababa de ser nombrado capitán mercante, derramaba el oro á manos llenas, pasaba por un jóven excelente y todos me admiraban.

«Al cabo de seis semanas de matrimonio me fastidié; la virtud de mi mujer me abrumaba, y sentí la necesidad de volver á lanzarme al mar y continuar mi existencia de emociones y terribles orgías.

«Un dia, sin despedirme de nadie, me llevé cuanto poseia y partí dejando en cinta á la desgraciada con quien me habia casado.

«En San Malo conseguí fácilmente el mando de un hermoso lugre con el cual seguí haciendo vida de corsario.

«Me escribieron, pero quemé las cartas sin leerlas y me entregué á todos los excesos.

«Me suplicaron que enviase algun socorro á mi mujer cuyos padres habian muerto de miseria, y me digné enviarle una mezquina cantidad; pero temiendo que viniera á buscarme á San Malo, partí para la India.

«Omitiré las reflexiones que podría sugerirme la primera parte de mi carrera. Mis faltas no eran aun irreparables; hubiera podido volver á reunirme con mi mujer, ocuparme en la educacion de mi hijo y vivir, si no sin remordimientos, al menos con la idea de haber atenuado el mal en cuanto fuera posible. Pero me gozaba con los padecimientos del prójimo, y era intratable y á veces feroz. Las penas de mi esposa me fastidiaban en vez de enternecerme. Antes de partir le escribí que me dejase en paz y acompañé este mandato con injustas amenazas.

«He sabido después que la infeliz se puso á trabajar sin descanso, gastando su salud y su vida para dar á su hijo una instruccion proporcionada á lo que ella llamaba la *clase de su marido*.

«Entretanto yo surcaba los mares incendiando, saqueando, matando y gastando sin prudencia lo que robaba á los ingleses.

«Adquirí una celebridad formidable; los marinos hacian gran caso de mí; los marineros cantaban varias hazañas mias, y muchos oficiales de mérito me profesaban un profundo aprecio por mi audacia. Mucho tiempo después de la guerra, oia ensalzar mis correrias por personas que ya no me conocian.

«París fué mi cuartel general cuando regresé de las Indias, y era tanto el oro que poseia que llevaba una vida de magnate. Luego que se vaciaba mi bolsillo, volvía á mis correrias.

«Pasé algun tiempo en un elegante palacio del boulevard sin cuidarme del porvenir, aunque debia temer que la tregua que habia entonces se convirtiese en una paz definitiva. Creo que en caso semejante me hubiera hecho pirata.

«Finalmente, la fortuna cesó de protegerme; tropecé con una fragata inglesa y fuí vencido después de dos horas de combate. Todos mis marineros sucumbieron, el buque se fué á pique, y yo solo fuí salvado por una embarcacion enemiga. Como no podia probar mi grado de capitán me trataron como á simple marinero, y me ví cargado de cadenas y mas adelante en los pontones.

«Cuando llegué á ellos, me asombró la acogida que merecí: todos los prisioneros me saludaban con respeto sin que pudiera adivinar el motivo, y algunos de ellos me dieron el nombre de Labranche. Yo era demasiado astuto para desengañar á nadie, aunque el nombre de Labranche, hora es ya de que os lo diga, no era aun el mio.

«El dia siguiente encontré en una de las oscuras baterías de nuestro calabozo flotante un hombre que tenia las mismas facciones, la misma estatura y los mismos ademanes que yo.

—¿Qué veo! exclamó; ¿quién sois?

—Uno de vuestros parientes cercanos sin duda, señor Labranche, le dije; un amigo que la suerte os envia para ayudaros á sobre llevar vuestro cautiverio.

«No le di tiempo de dirigirme preguntas y fuí el primero en interrogarle.

«Me dijo que era subteniente de la marina

francesa, que habia caido prisionero en los mares del Sud durante la tregua, pero que no pudo volver á Francia porque se encendió de nuevo la guerra cuando se preparaba á cruzar la Mancha. Trató de huir en un bote, y en castigo de su tentativa de evasión le trasladaron á un ponton, á pesar de su grado de oficial. Sin embargo, confiaba en un cange que se negociaba para él.

»Me puso al corriente, con la franqueza de un hombre honrado, de todas sus acciones, y yo le escuchaba con atencion interesada.

»Respondíle con un tejido de mentiras, me creyó pariente suyo y ya no tuvo secretos para mí.

»Me mantenía en la reserva y adquiría sin cesar nuevas confidencias, por cuyo medio supe que estaba condecorado con la cruz de honor desde la creacion de la orden, que tenía á su esposa en Provenza y era padre de dos hijos. Le fui arrancando uno por uno los mas minuciosos pormenores sobre su casa, su parentela, su interior y sus amistades. Tenia un retrato de su esposa, que me pareció muy linda, y me esforcé en grabar su imagen en mi memoria.

—No conozco á mi familia, le decia; todo lo que decís me interesa sobremedida. Partí siendo muy niño á las colonias, desde entonces no he cesado de recorrer los mares y acabo de caer prisionero. No podeis figuraros cuál me llegan al corazón vuestras palabras.

»Estaba muy contento por haber hallado un confidente que creia digno de su amistad. Su único defecto consistía en un excesivo orgullo, de modo que se habia empeñado en conservar su categoria de oficial, aunque no habia otro á bordo de nuestro ponton. Esto explica por qué le conocian tan poco los marineros y soldados. Mi llegada fué para él un consuelo inesperado, que reemplazaba su absoluto aislamiento con una intimidad que minoraba su dolor. Le habia dicho que era capitán mercante, y hasta sabia mi verdadero nombre, pero le supliqué que nunca me llamase mas que capitán.

»No desconfió jamás de los motivos de mi conducta que tuve cuidado de disfrazar con hábiles mentiras; y no tardó en tratarme como hermano.

»Los prisioneros nos creian hermanos, y muchas veces nos confundian.

»Un año trascurrió de este modo; Labranche esperaba su cange que nunca llegaba, y recibió por el contrario malas noticias que le desesperaron. Habian deteriorado su salud la permanencia en el ponton, los malos alimentos y los padecimientos morales; cayó enfermo y le cuidé con solicitud fraternal.... No, no tengo que acusarme de haber apresurado su muerte, porque habia llegado á amarle. Labranche murió en mis brazos.

»Pero entonces puse por obra una idea que muchas veces habia acudido á mi mente. No nos distinguian al uno del otro; él tenia probabilidades de ser cangeado y yo ninguna. Me apoderé de sus papeles, del retrato de su esposa y de su uniforme, puse en mi ojal su cinta encarnada, y fui á declarar á la autoridad que acababa de morir el capitán corsario Renato Fargeolles.»

Al leer estas palabras el subteniente de navío Emilio Fargeolles se estremeció y exclamó:

—¿Cómo! ¿este hombre era mi padre?

El manuscrito respondió enérgicamente:

—«Sí, yo soy vuestro padre...! por fin revelo mi secreto fatal!... Pero la calentura me abrasa y no podré continuar con mano firme mi relato.»

La letra se alteraba evidentemente y era distinta en cada diez líneas. La continuacion de estas memorias habia sido escrita á trozos sobre el lecho de muerte del anciano teniente.

«Sí, soy vuestro padre!.... y os abandoné antes que nacierais para ir á recorrer los mares. Y el cielo me ha castigado dándome un hijo como vos.

»Usurpé el nombre, el grado, la cruz y la familia de un hombre que habia puesto en mí toda su confianza! Llegó el cange, y ya no podía declarar en Inglaterra y en Francia que era un falsario, un infame. Y el Imperio consentía en cangear á Tom Smith Mai Oward, no con

un bandido, sino con un valiente y honrado oficial!

»Mi cabeza se parte.... me ahogo.... Dios mio, dadme fuerzas para terminar!

»Soy un infame, hijo mio, y confieso delante de vos mi vida de iniquidades para que, aleccionado con mi ejemplo, abrais los ojos sobre vos mismo.

»Yo fui recogido del cieno, y no habia recibido ninguna leccion de probidad, honor ni religion.

»Vos, Emilio, habeis sido educado por una mujer santa y virtuosa á quien ha lanzado al sepulcro vuestra perversa conducta.

»Voy á reunirme con Margarita!.... Tú me has perdonado mi traicion y mis crímenes porque has visto mi arrepentimiento... Ruega por tu hijo!»

La sangre de Emilio Fargeolles hervía en sus venas, sus ojos estaban secos y estrujaba con rabia las páginas del manuscrito.

—Llegaré hasta el fin!... Sí, quiero leerlo, quiero saberlo todo! dijo el subteniente pálido de ira.

«Cuando llegué á Provenza, continuaba el teniente, fui recibido con trasportes de alegría por una mujer que me llamaba su marido, por hijos que me daban el dulce nombre de padre. Hice ver que habia perdido la memoria á causa de mis heridas y mi cautiverio, y este ardid bastó para engañar á todo el mundo.

»La hipocresía fué la base de mi conducta, pues me exponía á ser descubierto si no era un segundo Labranche, y no afectaba su carácter ni me cubria con la máscara de sus virtudes.

»Me apresuré á separarme de mi falsa familia para embarcarme de teniente de navío en 1813; acababa de ascender á este grado bajo el nombre de Labranche.

»Cuando vivía entre mi nueva familia, el terror de ser conocido era la idea que me dominaba, pero á bordo del *Aquilón* empecé á respirar con mas desahogo. Pronto me atormentó sin embargo un suplicio desconocido y sin tregua. Vivía entre personas honradas!

»Entre personas honradas! Pesad bien estas palabras, hijo mio, porque sois un asesino, un calumniador y un traidor!»

Los nervios de Emilio Fargeolles se crisparon, pues aunque era cruel é insensible para los males ajenos, no lo era para las injurias. —Esto es demasiado duro! dijo; ¿qué he hecho yo para merecer tales insultos?

El manuscrito, cada vez mas ininteligible, se encargó de responderle:

«Sí, mataste á Carlos de Pierremont y eres un asesino!

»Sí, eres un calumniador, porque he sabido todo lo que has dicho de Julio Renaud á la señora de la Riziére y á su hija!

»Sí, eres un traidor!... todo me lo prueba. Tu conducta para con la tripulacion que persigues! para con el capitán á quien adulas y engañas!... para con el comisario, inofensivo y honrado funcionario, de quien has hecho un juguete!... para con Julio Renaud, tu noble colega, á quien mas de diez veces has tratado de humillar!... finalmente, para conmigo, que te he colmado de beneficios desde tu niñez y á quien has rechazado cruelmente... ingrato, cobarde, traidor!

»Fui á verte llevando palabras de consuelo, te hablé de honor y virtud y mis reproches no eran amargos; pero me respondiste con frialdad sarcástica, con desdeñosa ironía, con dureza de corazón que me mata!

»Has traspasado con un puñal el corazón de tu padre, Emilio!... muero á tus manos... Sábelo y reflexiona!... mi muerte es la última leccion que puedo darte. ¡Quiera Dios que tan horrible leccion te aproveche!

»Mis ideas se confunden.... tengo prisa de terminar mis tristes confesiones!

»Fargeolles el corsario fué feroz, mató con furor y fué intratable... pero al menos no inmolaba mas que enemigos de Francia tras encarnizados combates!

»Tú, Emilio, tú... has causado la muerte á tu desgraciada huésped de Tolon, á Carlos de Pierremont, á su madre, á un tal Montaix.... y á cuantos otros mas!... y fuiste desapiadado para Eglé de Pierremont, sor Aglae.... santa jóven que por misericordia divina va á cerrar los ojos de tu padre!... »

Fargeolles estuvo tentado á hacer mil pedazos el manuscrito, pero acabó de leerlo, fascinado por el poder de una voluntad inflexible.

«A bordo del navío el *Aquilón* aprendí á ser honrado, y me avergoncé de mí, de mis charreteras, de mi condecoracion y de mi vida!

»Traté de morir y me lancé con temeridad sobre las armas del enemigo...

»En vano! las balas me respetaron!

»El cielo me reservaba otro castigo.... este castigo eres tú!

»Murió la esposa de Labranche, y tras ella murieron tambien sus hijos, quedando yo heredero de su riqueza; pero me horrorizaba el añadir un robo de dinero á tantos otros vergonzosos, y entregué la herencia á sus parientes.

»Y lo hice para usurpar la reputacion de hombre de bien y desinteresado!

»Yo no era Labranche, no tenia ningun derecho á servir en las naves del Estado; renuncié por consiguiente á todo ascenso, y logré colocarme en una posicion excepcional, porque no queria perjudicar á nadie.

«Ensalzaronme con exceso, y las alabanzas remordian mi conciencia y despedazaban mi corazón. Me aislé á bordo y no salté en tierra sino por absoluta necesidad.

»Me informé de vuestra madre: vivía aun, y sin dilacion le envié socorros sin que ella supiera su procedencia y á título de restitucion. La invité por medio de una carta anónima á que os colocara en la marina del Estado. Principiasteis la carrera, y con mis ahorros atendí á los gastos de vuestra educacion en el colegio. Nunca he dejado de velar por vos, y he cumplido por vos, Emilio, todos los deberes de un padre.

»Vuestra madre, vuestra honrada y piadosa madre, os prodigó los mejores consejos y os dió desde vuestra mas tierna edad el ejemplo de todas las virtudes.

»Vos la abandonasteis luego que pudisteis hacerlo; vuestra ingratitud la sumió en la desesperacion, y murió por vos, parricida!...

»¿Veis ahora la diferencia que hay entre nosotros por culpable que sea?

»Yo tenia por excusa mi nacimiento miserable, el abandono, las malas doctrinas, los años que pasé en los muelles entre la hez del pueblo; pero á vos os custodiaba vuestra madre, Margarita, un ángel!...

»Si fui criminal, bien castigado he sido!

»Las leyes del honor no eran bastantes para tranquilizar mi conciencia, y fui á prosternarme al pie de los altares é hice larga penitencia!... Imitadme en esto, hijo mio!... Creed y arrepentíos!»

Emilio suspendió su lectura y murmuró con irónica sonrisa:

—Hé aquí pues á lo que venia á parar.... á invitarme á que lleve cilicio!

Después de un cuarto de hora de opuestas reflexiones, Fargeolles añadió con voz sombría:

—Loco! santurron! fanático!

El manuscrito terminaba con consejos paternales y afectuosos.

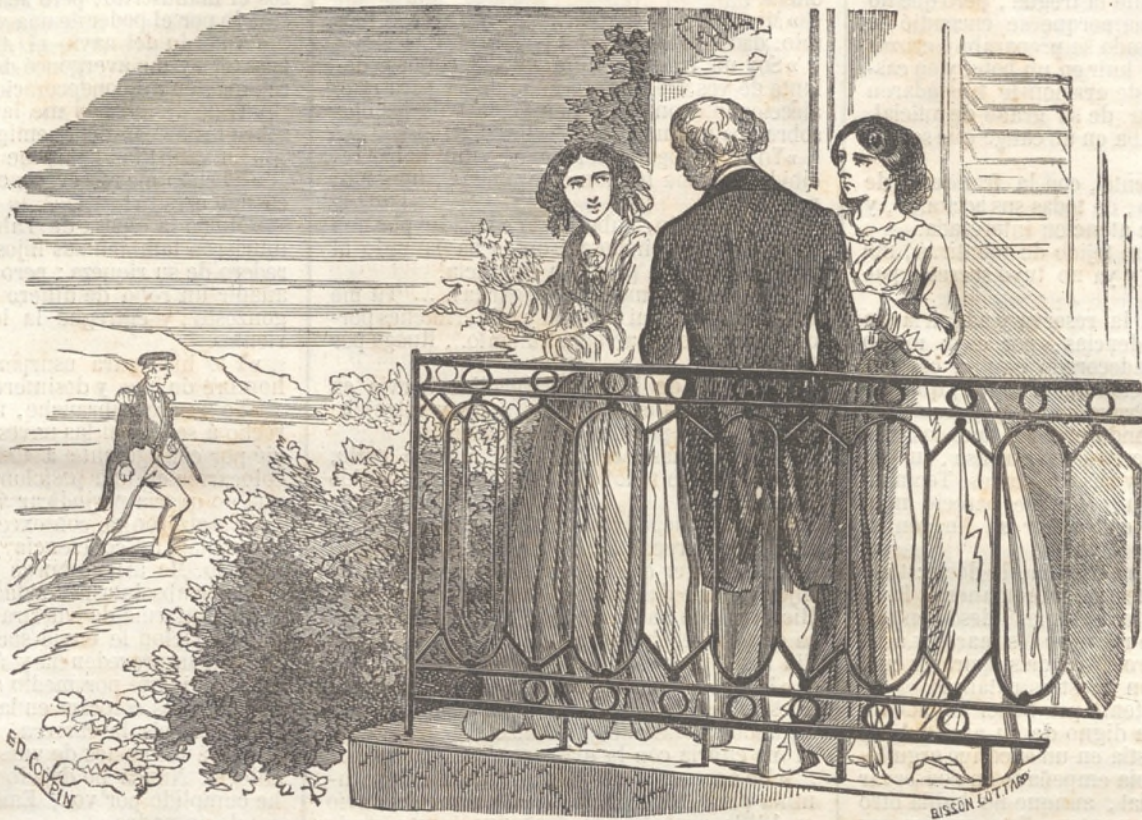
El antiguo corsario convertido era menos severo á la hora de su muerte; hablaba de la misericordia infinita de Dios, y el papel habia estado empapado en lágrimas.

«Animado por la esperanza de inclinarnos á mejores sentimientos, decia al terminar, escribí á mis amigos del ministerio, y les pedí como único favor que se nos colocase á ambos en un mismo buque...!»

—Si hubiera querido, pensó Fargeolles, ya seria teniente de navío.

«El señor de Kergal se prestó gustoso á mis deseos: tal fué la causa del relevo de vuestro antecesor y de vuestra precipitada venida á bordo de la *Severa*. Contaba con el tiempo, pero la travesía de Francia no era favorable y estábamos embarazados con los pasajeros. Vuestro desafío entorpeció todos mis proyectos, y vuestra última conversacion acabó de frustrarlos. Estoy desesperado, no tengo energía... me muero... Adios!

»Vais á sucederme en la plaza de segundo. Sed justo como yo me he esforzado en serlo. No tengais la baja de abusar de vuestra posicion respecto de Renaud, á quien os cito como un modelo digno de imitarse.



¿No advertís que lleva dos charreteras? (Pág. 32, col. 2).

»Mucho mal me ha hecho castigando vuestra indigna conducta, pero le perdono.

»Vivid en paz con él..... Sed su amigo si es posible.

»Haced que os perdone la muerte de Pierremont y el martirio de sor Aglae.

»Benedicid el nombre de esta santa víctima que dulcificó la amargura de mis postreros instantes.

»Venerad al comandante Kergal, que es el honor personificado. Os protegeré hasta mi muerte, os recomendaré á él diciéndole que sois hijo mio, pero sin revelarle mis secretos. Hacedos digno del interés que por vos se toma.

»Finalmente recibid mi triste bendición.

»Vuestro padre que muere perdonándoos,

» RENATO FARGEOLLES llamado LABRANCHE. »

Daban las ocho de la noche cuando el subteniente terminó la lectura; volvió á doblar el manuscrito, lo guardó bajo llave en uno de los cajones de su escritorio y subió al puente, jadeando, alterado, sofocado, con febril agitación.

La consecuencia de la terrible lectura había de ser forzosamente una conversión completa ó una exasperación de su furor.

El comisario se aproximó á él, y conciliador como siempre y animado de nobles sentimientos, trató de dar al subteniente algunos consuelos que fueron brutalmente rechazados. No manifestó ofenderse sin embargo, y permaneció á su lado hasta que Fargeolles le dijo con grosería:

—Me fastidiais! quiero estar solo! Idos con mil diablos... dejadme en paz!

En aquel instante Julio daba órdenes de servicio á Desbagues que se encargaba de la guardia. Fargeolles se levantó, y al pasar junto á ellos oyó que decía el alumno:

—Está bien, se ejecutarán vuestras órdenes, mi teniente!

—Teniente! repitió Fargeolles. Este modelo de virtudes es teniente!..... la tripulación le obsequia... mi padre le alaba... y él triunfa y me roba lo que me pertenece! Mañana irá á lucir sus charreteras á casa de la Riziere! Y aun me invitan á tener moderación... dulzura y humildad! Sería preciso convertirme en cordero... pedir perdón y exclamar: *Mea cul-*

pa!... No, no! ánimo! Felizmente el comandante está de mi parte.

Fargeolles había elegido ya la norma de su conducta, y quedaban frustrados los últimos esfuerzos del desdichado Labranche.

Julio Renaud bajó á su camarote para pensar con libertad en Antonina y en el placer que iba á sentir volviéndola á ver el día siguiente con las insignias de su nuevo grado.

Fargeolles quedó abismado en hondas meditaciones hasta mas de media noche.

VIII.

ORDEN DE DESEMBARCO.

—¡Cómo! pensaba Antonina con tristeza, hace dos días que ha llegado la *Severa* y aun no ha venido á vernos!

Si el día anterior no se hubiera presentado Papillon como mensajero de Julio, quizás se hubieran aumentado las penas de la criolla con los celos y el mal humor, pero no podía dudar del afecto de Renaud; creía que Fargeolles era teniente de la corbeta y temía que todos los días opusiese pérfidos obstáculos para impedir que Julio fuese á verla, de modo que sus miradas se dirigían sin cesar hácia el mar, mientras se paseaba según costumbre con su padre.

La señora de la Riziere, sentada en un banco de césped, se hacia abanicar por su negra favorita, los esclavos volvían de sus faenas y entraban en sus cabañas, y los últimos rayos del sol tropical doraban las cimas de los collados y los tejados de la ciudad.

De pronto exclamó Antonina:

—¡Miradle allí! ¡qué gozo!

El subcomisario quedó asombrado al oír la exclamación de su hija.

—¡Cómo, papá! añadió la jóven, ¿no advertís que lleva dos charreteras? es teniente de navío!

—Os doy la enhorabuena, dijo el empleado dirigiéndose á Julio. ¡Recibisteis pues ayer vuestro nombramiento?

—Ayer, señor de la Riziere, respondió el oficial saludando.

—Siento la mayor alegría..... la mas dulce satisfacción! permitidme que os abraze, exclamó el subcomisario con franqueza; venid á

contárnoslo delante de mi mujer. Confío que pasareis la noche en mi casa, y ya sabeis que á todas horas está abierta para vos...

—Sois en extremo bondadoso, dijo Julio, pero...

Antonina había hecho en tanto algunas reflexiones.

—¿Y el señor Fargeolles? preguntó interrumpiendo á su padre.

—Está bueno, señorita, respondió friamente el oficial.

—¿Es tambien teniente de navío? Eso es lo que deseo saber, añadió la jóven con un ligero movimiento de impaciencia.

—No, señorita.

El rostro de Antonina expresó la mas sincera alegría.

—¿Es decir que sois el segundo de la *Severa* y jefe directo de vuestro antiguo colega?

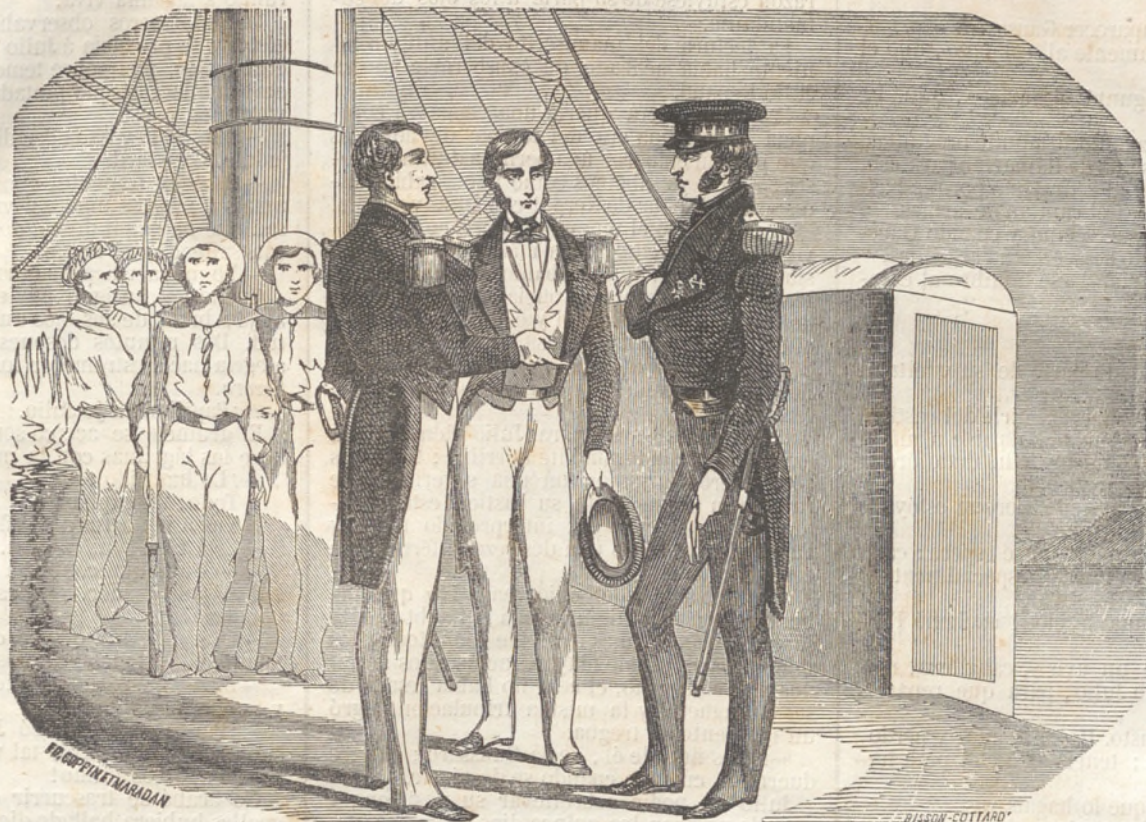
Se dirigieron hácia el sitio donde estaba indolentemente recostada la señora de la casa.

Trabóse una conversacion general, en la cual dieron motivo para que se desplegara la locuacidad de la vieja criolla los diversos acontecimientos que habian revolucionado la corbeta durante el día anterior, la corta tenencia de Fargeolles, la llegada del *Cazador*, las noticias de Francia, el último viaje á Santa María de Madagascar y la muerte del teniente Labranche. Pronunciábase con frecuencia en la conversacion el nombre de Fargeolles, y la señora de la Riziere recordó la historia del desaffio y tuvo la debilidad de suplicar en cierto modo la benevolencia de Julio para el oficial de quien tantas ofensas habia recibido.

—Es inútil, señora, dijo el teniente con dignidad, que me inviteis á que no sea injusto. Por otra parte, nos hemos reconciliado en presencia del señor de Kergal y no faltaré á mi promesa, ó al menos, añadió bajando la voz, no seré yo el causador de los primeros agravios... Pero, continuó en voz mas alta, la hora me obliga á despedirme...

—No, no os ireis, dijo el subcomisario interrumpiéndole; os quedareis aquí hasta mañana.

—Es imposible, caballero; un teniente no debe pasar la noche fuera del buque, donde le tienen esclavizado sus deberes. Y hasta será preciso, á lo cual habré de resignarme, que mis visitas sean menos frecuentes que en Brest.



¿Qué sucede? preguntó el comandante. (Pág. 54, col. 1.)

El señor de Kergal no ha disimulado su descontento al verme partir.

—Luego es una esclavitud el ser teniente! exclamó Antonina.

—Es cierto, señorita; pero antes de alejarme tengo que pedir un favor á vuestra señora madre; el permiso de ofreceros este album.

La vieja criolla estaba amabilísima con el teniente, de cuya disposicion propicia fueron causas determinantes la seguridad de que serian muy raras sus visitas y por consiguiente frecuentes las de Fargeolles, las dificultades que le impedirian volver á una casa donde su esposo le recibia con tanto agasajo, y tal vez su nuevo ascenso, porque el espíritu femenino es un caos de contradicciones; así, pues, dió su consentimiento con rostro afable y benigno.

—Pero ¿para qué tantos cumplimientos? dijo sencillamente el empleado luego que dió el consentimiento su esposa; no hay necesidad de permiso para tan poca cosa.

Julio y Antonina se dirigieron una breve sonrisa al resplandor de la luna que plateaba las palmeras del patio.

La jóven añadió en voz baja:

—Huid con frecuencia, pobre preso.

—Con frecuencia! repitió el oficial con tristeza; será imposible, pero enviaré á Papillon para saber de vos, Antonina.

La jóven se ruborizó al oír el nombre del grumete que el día anterior la habia declarado con tanta franqueza el amor de su amo, pero el oficial no pudo advertirlo porque pasaban entonces por entre la sombra de los árboles.

Pocos momentos despues Julio llegaba á la orilla mientras la familia de la Riziere entraba en su casa. Antonina se retiró á su aposento para examinar el album lleno de finas alusiones que solo ella podia entender: se sonreia con delicia, se entregaba sin violencia al encanto de sus ilusiones, murmuraba en voz baja el nombre de Julio Renaud, y se forjaba prodigiosos castillos en el aire.

Julio estaba embriagado de gozo; ya no abrigaba dudas ni temores y estaba seguro de ser amado de la mujer que amaba.

La señora de la Riziere habia temido tanto verse privada de las frecuentes visitas del adversario de Julio, que desde que sabia las obligaciones de la posicion excepcional de segun-

do comandante, casi se alegraba de la desgracia del amable y chistoso Emilio Fargeolles.

En compensacion, el aprecio del subcomisario para con Julio habia llegado al mas alto grado, porque no ignoraba las causas de su ascenso.

Siempre que el jóven oficial podia pasar algunos momentos en tierra, no dejaba de dar el brazo al empleado y de hacerle las mas intimas confianzas; le hablaba de sus esperanzas de fortuna que le aseguraban un bienestar envidiable, de su perspectiva militar que bajo tan bellos auspicios le presentaba su reciente ascenso, de sus protectores y de su familia. Así, pues, el padre de Antonina llegó á convencerse de que la union de su hija con Julio Renaud seria ventajosa bajo todos conceptos, y desplegó toda su bondad para favorecer su mutua inclinacion. Ora se resignaba á ser el compañero de paseo de su esposa mientras Julio Renaud lo era de su hija, ora les acompañaba siguiéndoles á cierta distancia, lo cual equivalia á proporcionarles una entrevista sin testigos.

Durante los seis meses que pasó la *Severa* en el fondeadero de San Dionisio, Julio pudo ver á Antonina de vez en cuando á pesar de las contrariedades del servicio; pero Fargeolles gozaba de infinitas ventajas, podia salir de bordo con frecuencia, y tenía por auxiliar á la señora de la Riziere, que le obsequiaba con marcada predileccion, y que enamorada de su carácter satírico, sus modales obsequiosos y su lenguaje lleno de vulgar galantería, insensiblemente se habia familiarizado con la idea de tenerle por yerno.

Pronto se extendió por la colonia el rumor de su próximo enlace con Antonina.

La misma señora de la Riziere lo habia esparcido.

Tal era el estado de las cosas en casa de Antonina. A bordo las hostilidades habian adquirido un nuevo carácter, y aunque Julio se hallaba al parecer en situacion mas ventajosa por su cargo, quien vencia en realidad era Fargeolles.

En tanto que Antonina se felicitaba alborozada por el feliz ascenso de Julio Renaud, Fargeolles persuadia al señor de Kergal de que su antiguo colega le vejaba deliberadamente y por espíritu de venganza, de modo que el coman-

dante creyó que debia, cumpliendo la sagrada promesa que habia hecho á Labranche, proteger á Fargeolles con deplorable parcialidad. Varias veces, pensando obrar con justicia, reprimió sin razon al desgraciado Julio Renaud.

La hipocresía del subteniente le engañaba; acusaba interiormente á Julio de abuso de autoridad, de vengarse de su rival por medio de odiosas vejaciones y de valerse como de una arma de la popularidad que se habia granjeado en la tripulacion. El señor de Kergal detestaba por sistema la popularidad; aunque noble, caballeresco y hasta algo misántropo, era juguete de las lisonjas de Fargeolles, y este afectaba á su lado cierta franqueza brusca, con la cual, ya dirigia un obsequio al antiguo capitán de fragata, ya le insinuaba una calumnia contra el teniente.

De modo, que tanto á bordo como en tierra abria una mina bajo los pasos de Julio, valiéndose en su tarea de tanta astucia, que su víctima casi no lo advertia. Fargeolles no le dirigia ya ningun insulto, y Julio principiaba á creer en una paz verdadera; pero esta paz no era mas que una nueva astucia.

No tardó en estallar la guerra.

Fargeolles estaba un día de guardia y encargado de dirigir los detalles del servicio; Julio reemplazaba momentáneamente al señor de Kergal que habia ido á tierra, y los dos oficiales se paseaban silenciosamente por los castillos, el uno á babor y el otro á estribor, cuando anunciaron al subteniente la llegada de una embarcacion de la *Severa*. Tomó un antejo, examinó la rada y salió al momento del puente.

Se acercaba el bote mayor: Gaussard que lo mandaba como patron se dirigió al castillo de popa para dar parte de su llegada al oficial de guardia como prescribe la ordenanza; pero no viendo á Fargeolles se acercó á Julio, y llevándose la mano á su sombrero de paja, le dijo: —Ya estamos á bordo, no hay novedad.

Julio buscó con la mirada al subteniente de guardia, y no viéndole respondió:

—Está bien, desarmad y amarrad el bote.

Gaussard se apresuró á obedecer este mandato.

Algunos minutos despues Fargeolles volvió á su puesto.

—Que se presente el patron del bote mayor! dijo.

No tardó en comparecer Gaussard.

—Vete inmediatamente al calabozo, dijo el oficial.

—¿Por qué? preguntó el gaviero, ¿qué he hecho?

—Vete al calabozo que no admito preguntas.

—No habia necesidad de llamarme para eso, murmuró el patron al retirarse, porque bastará que me lo dijera el capitán de armas.

Julio observaba esta escena, y cuando Gaussard se hubo retirado se acercó á Fargeolles.

—¿Acabais de enviar á ese hombre al calabozo?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Por no haber dado parte de su vuelta al oficial de servicio.

—En ese caso ya podeis eximirle del castigo, porque Gaussard me ha dado parte á mi en vuestra ausencia y yo mismo le he dado orden de desarmar y amarrar el bote.

—Debía haberme avisado porque estoy de guardia: podía esperarme.

—Caballero, en servicio no se espera; cada cual debe estar en su puesto, especialmente el oficial.

—¡Ah! me dais una leccion! exclamó Fargeolles mofándose.

—No es mas que un aviso, caballero, respondió gravemente Julio, para que repareis una injusticia.

—Yo no soy injusto. He castigado, y perdonad si se os antoja; teneis derecho para hacerlo.

—Conviene mas que lo hagais vos.

—Nunca me vuelvo atrás en lo que hago.

—¿Os lo mando!

—Se obedecerán las órdenes del señor teniente! respondió Fargeolles con tono tan irónico que Julio no pudo reprimir su cólera.

—¡Impertinente! murmuró.

—¡Me insultais!

—¡Id arrestado!

Fargeolles se encogió de hombros.

—¡Os repito que vayais arrestado!

Fargeolles se cruzó de brazos.

—¡La guardia! gritó Julio.

La tripulacion se habia amotinado; los marineros de guardia corrian á las armas, y nadie fijaba la atencion en los movimientos exteriores de la bahía, de modo que el señor de Kergal llegó, de regreso de tierra, á la corbeta sin ser recibido con el ceremonial de costumbre, y al subir á bordo fué testigo de una escena de extraordinario desorden. El teniente mandaba á bayoneta calada al oficial subordinado para obligarle á obedecer el mandato de su jefe.

—¿Qué sucede? preguntó el comandante con la voz clara y breve que hacia estremecer á la tripulacion cuando dirigia la maniobra.

Un silencio profundo siguió á estas palabras.

—¿Qué sucede á bordo, teniente?

—El señor Fargeolles se niega á ir arrestado.

—¡Id arrestado, señor Fargeolles! dijo el oficial superior que con una mirada severa dispersó los grupos de curiosos.

Fargeolles obedeció al momento.

Fué preciso que Julio contara circunstancialmente todo lo ocurrido, y lo hizo sin ocultar nada; pero las miradas y las reflexiones de voz pueden comprenderse mal, y el comandante dió la razon á Fargeolles.

—No se debe tratar de impertinente á un oficial, le dijo, y solo se le castiga levemente cuando indignado con semejantes epítetos manifiesta su descontento; no debe darse, por fin, á toda una tripulacion el espectáculo de un escándalo como el que acaba de cesar con mi presencia; y ante todo, no deben alzarse los castigos impuestos, porque produce malísimo efecto en disciplina. El señor de Fargeolles pasará veinte y cuatro horas en el arresto, Gaussard no saldrá del calabozo, y vos, teniente, quedareis arrestado á bordo hasta nueva orden.

Julio se quedó aterrado, y el señor de Kergal bajó sin añadir una palabra mas.

Fargeolles habia logrado su objeto: desde que se decidió á causar daño, no solo por instinto sino por cálculo, estaba resuelto á espe-

rar una ocasion de rompimiento en que la razon estuviese de su parte á los ojos del comandante.

La lectura del manuscrito del antiguo teniente habia acabado de exasperarle contra Julio Renaud.

Por vez primera quería una venganza completa, y su alma era del temple de aquellas que pueden elaborar una perfidia durante meses enteros; ya sabemos cómo habia sabido indisponer al señor de Kergal con su adversario.

Cuando llegó el momento oportuno se aprovechó de la circunstancia mas fútil para ocasionar la escena que acabamos de relatar. Habia visto que el bote del oficial superior seguia de cerca al de Gaussard y combinó su plan; al dia siguiente justificó su conducta delante de su jefe con palabras que inspiraron al señor de Kergal nuevas prevenciones contra el teniente.

Principió entonces para Julio Renaud una existencia verdaderamente horrible; todos sus actos fueron juzgados con una severidad que rayaba en inquisicion, su justicia estaba entorpecida, su celo era interpretado mal, y Fargeolles desplegó una destreza infernal que cegó al comandante.

A consecuencia del odio vengativo que habia jurado á su antiguo colega, el subteniente se habia hecho mas tratable con todos los miembros del estado mayor, incluso los alumnos y el comisario, el cual no habia cesado de ser su juguete, y la misma tripulacion logró un momento de tregua.

—No os fieis de él, decia Gaussard; el tigre duerme... cuidado cuando se despierte.

Julio no podia sobrellevar su posicion, y cuando pasaron los quince dias de su arresto, contó amargamente lo acaecido á Antonina y al señor de la Riziere.

—¡Eso es horrible! decia la jóven.

—Os salvaré, amigo mio, exclamó el empleado; el gobernador os aprecia y le he hablado de vos; no tendreis mas que tomaros el trabajo de solicitar vuestro desembarco para conseguirlo, porque no me falta influencia y apoyaré vuestra solicitud con empeño.

—Os doy las gracias, caballero, dijo el teniente con emocion; mi vida es en efecto un infierno y es forzoso que salga de la corbeta.

El dia siguiente Julio pidió al comandante Kergal autorizacion para dar los pasos necesarios para desembarcar.

—No lo apoyaré, señor Renaud, pero tampoco opondré obstáculos, respondió sentenciosamente el oficial superior; pero os advierto que no tardaremos en darnos á la vela.

Julio se apresuró á presentar una solicitud al gobernador.

Lo supo Fargeolles, cuyo odio habia tomado proporciones monstruosas y no queria separarse de su enemigo intimo.

—Dos meses atrás, pensé, me hubiera alegrado quizás de su partida porque la tenencia me hubiera pertenecido de derecho, pero ahora ya no se trata solo de disputar entre ambos ese puesto; le aborrezco y no se irá!

Fargeolles hizo esparcir por la tripulacion el desembarque de Julio Renaud, ante el cual no tardó en presentarse el tio Gaussard. El buen gaviero se quitó primeramente el sombrero, despues se lo volvió á poner, y finalmente cruzando los brazos sobre el pecho con ademán de doloroso asombro, le dijo con voz lenta y trémula:

—Es decir, mi teniente, que no hay Dios! No, no le hay ya, si es verdad lo que se dice! dicen que nos abandonais! El señor Labranche se va al otro mundo y vos os separais tambien de nosotros. Todo lo bueno se va del buque, y se nos olvida como un cuerpo muerto. ¿No somos pues nada para vos, nosotros que nos dejaríamos matar por vos desde el primero hasta el último? Si desembarcais vamos á desertar todos. Lo prefiero; si me fusilan ya no se hablará mas de mí. ¿Nada respondeis, mi teniente? Lo veo; no ha mentido Papillon. Pues bien; ya podeis contar con que vais á ser causa de nuestra miseria: la tripulacion me ha encargado que os lo dijera. El dia que salga del buque vuestra maleta, el diablo hundirá sus garras sobre nosotros, porque ya veis que para decir verdad lo mismo es el diablo que el señor Fargeolles.

Papillon estaba á algunos pasos de ellos llorando á lágrima viva.

Los marineros observaban desde lejos el efecto que producía á Julio la elocuencia de su embajador, y el pobre teniente veía con viva emocion la ansiedad pintada en sus semblantes varoniles.

—Aun no hay nada decidido, respondió; dejadme, Gaussard.

—Os dejo, teniente, dijo el gaviero; pero si amais á vuestra madre ó vuestra futura, pensad que hay aquí doscientos á quienes sacrificais saliendo del buque.

—Yo me sacrificaré, murmuró el oficial.

Cuando el antiguo gaviero del hauprés se alejó, brotó de sus ojos una lágrima de gratitud. Dos minutos despues un murmullo de alegría hacia estremecer los pasamanos de la Severa.

—¡Papillon! dijo Julio.

El grumete se acercó sonriendo y enjugándose las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Lo has oido todo?

—Todo, mi capitán.

—Vas á ir á casa del señor de la Riziere.

—Está bien, mi capitán.

—Le dirás que contenga al efecto mi solicitud al gobernador. ¿Sabes lo que has de responderle?

—Lo sé; le diré que se opone Gaussard, la tripulacion, todos nosotros...

—Bien, bien! ahora sale el bote, vete en él y vuelve pronto!

—¡Pobre gente! pensó Julio suspirando; si supieran lo que sufro, tal vez se sacrificarían; pero tengamos ánimo!

No acabó de trascurrir el dia sin que Fargeolles hubiera hallado diez veces el medio de ofender á su antiguo colega.

Papillon volvió á las seis de la tarde, alegre y orgulloso con el mensaje que traía, y al entregar una carta de Antonina le dijo al oído:

—Me han hecho prometer que nunca lo diría, mi capitán, pero seré discreto; no temais.

—Gracias, hijo mio, respondió el oficial que abrió la carta con emocion y leyó lo siguiente:

«Hay circunstancias en que la intencion justifica los pasos mas inconvenientes. Conozco que hago mal en escribiros, pero quiero salvaros del abismo en que os lanzais ciegamente. En nombre de los sentimientos que segun decís abrigais por mí os suplico que desembarqueis! Me estremezco al pensar que una magnanimidad exagerada puede deteneros; vuestro sacrificio seria por otra parte inútil, porque lejos de entorpecer vuestra solicitud, mi padre la activará con mayor empeño, pues mis instancias le han convencido á hacerlo. Yo misma voy á hablar con la hija del gobernador que es amiga mia. Sé que la corbeta debe partir mañana; estad pronto á salir de ella. Mi padre irá personalmente á entregaros la orden en el último momento. Obedeced! os lo repito, Julio, en nombre de nuestro... (aquí la palabra estaba borrada) en nombre de Dios á quien ruego por vos. ANTONINA.»

Esta carta escrita apresuradamente y con mano trémula hizo vacilar á Julio en su resolucion, y no atreviéndose á mandar á Papillon que arreglase las maletas, se encerró en su camarote y las arregló él mismo.

Daban las diez cuando volvió á subir al puente, indeciso aun, pero dispuesto á todo evento. Fargeolles llegó de tierra y entregó al comandante un despacho de parte del gobernador: era la orden de aparejar al asomar el dia. Julio recibió en seguida la de tomar las disposiciones necesarias.

Aunque Fargeolles sentia haber perdido la tenencia, se habia esforzado en manifestar delante de la señora de la Riziere su alegría de no ser segundo comandante.

—Si Renaud llegase á desembarcar, decia, lo sentiría en extremo, porque todos los cargos recaerian sobre mí.

El comisario corroboraba sus palabras; es verdad que Fargeolles tenia al pobre empleado bajo su dependencia con auxilio de algunos chistes, é iba con él con frecuencia á tierra.

—Es innegable, señora, decia ingenuamente el comisario; siendo un teniente el alma de un buque, no puede salir de él sin exponerse

á que todo el mundo se duerma á pierna suelta, y es preciso que permanezca siempre á bordo como perro de cadena.

La señora de la Riziere consideraba como una desgracia el desembarque de Julio, y por este motivo se apresuró á contárselo todo á Fargeolles luego que descubrió el proyecto del teniente y supo que desistía de llevarlo á cabo: el subcomisario desaprobó de tal modo la última resolución de su amigo que se vistió de riguroso uniforme para ir á casa del gobernador.

Así pues, la señora de la Riziere suplicaba aquella misma noche á Fargeolles que hiciera todos los esfuerzos posibles para detener á Julio á bordo.

—Tranquillizaos, señora, respondió Fargeolles; desde la muerte del señor Labranche, no somos mas que dos oficiales, y el comandante no consentirá en que desembarque Renaud, porque su ausencia seria perjudicial para el servicio.

Luego que Fargeolles salió de la cámara del señor de Kergal, se acercó á Julio, y afectando no servirse del título de teniente le dijo:

—Dos palabras, caballero.

—Cuántas gustéis, respondió Julio.

—Partimos mañana, y sé que queréis desembarcar. La señora de la Riziere me ha dicho que su marido apoya vuestra petición y que la orden llegará indudablemente al último momento. Ya veis que estoy bien informado.

—¿Y á qué vais á parar con ese preámbulo? Me parece que nada os importan ni deben importaros mis asuntos.

—Perdonad, caballero; ya que sois tan flaco de memoria, os recordaré que nos batimos y me heristeis; que era segundo y me quitasteis mi plaza.

—Pero nos reconciliamos delante del comandante y la plaza que llamais vuestra la recobraréis si salgo del buque.

—Me habeis injuriado despues; me habeis vejado y humillado en los actos del servicio, y quiero pedir os una satisfaccion.

Fargeolles cesó de hablar y Julio continuaba escuchando sin dignarse desmentirle.

—¿No me entendeis aun? añadió Fargeolles. Por motivos que sois incapaz de apreciar no he querido ensangrentar de nuevo á San Dionisio con vuestras contiendas; y esperaba el primer viaje para proponeros un duelo á muerte. Vuestro desembarco seria una nueva traicion. Ya sabeis que he proporcionado casarme y veo que tratáis de impedirlo quedándoos en tierra. Os repito que no desembarcareis ó de lo contrario os tendré por un cobarde!

El odio profundo no se espresa como la perversidad aislada; desde que abrigaba proyectos de venganza, su facundia solo se producía con palabras ofensivas y groseras, con expresiones de coraje, y ya no se mofaba ni era su voz firme como antes: el manuscrito del desgraciado teniente, cuyo recuerdo le perseguía y oprimía como una pesadilla perpetua, habia causado en su carácter una transformación tan odiosa.

—Caballero, respondió Julio, desprecio altamente vuestras acusaciones de injusticia y cobardía, y os advierto que no me intimidáis. Cuando nos hallemos en paraje oportuno estaré pronto á daros la satisfaccion que me pedís, pero hasta entonces conservaré mi libre albedrío y mi independencia, y en caso de que no partiese con la corbeta, me hallareis á la vuelta en Borbon.

—¿Quién sabe? dijo Fargeolles.

—¿No deciais ahora poco que queria casarme con la mujer que teneis la audacia de codiciar?

—¿Yo? No señor: lo que he dicho es que queréis oponer obstáculos á mi casamiento, y lo hariais por medio de calumnias y de manejos bajos y pífidos, porque habeis de saber que cuento con la promesa de la señora de la Riziere. Casaros vos con su hija! Demasiado sabe ella que sois un miserable! ¿Daria Antonina la mano á un hombre que abandona su buque y su posicion de teniente por evitar un desafío?

—Dejad insultos á un lado, infame! vuestras injurias son tan innobles como vos, vos,

que sois el traidor y el despreciado de Antonina!

—Sois mi jefe; estamos rodeados de testigos; una respuesta cual merecis se haria pública, me hariais comparecer ante un consejo de guerra; pero felizmente es de noche y os escupo en el rostro! dijo Fargeolles ejecutando su amenaza.

Julio se lanzó rabioso en su persecucion, pero no pudo alcanzarle, pues habia desaparecido por el cuartel de la escotilla de popa.

El teniente no durmió en toda la noche.

Al amanecer cruja el cabrestante, la cadena de la *Severa* se enroscaba eslabon por eslabon, y las velas, ya largadas, colgaban ondeantes bajo los palos, cuando salió de tierra un gran bote del puerto, tripulado por negros robustos, y que se dirigia hácia la corbeta.

Conducia á bordo al señor de la Riziere que corrió hácia donde estaba Julio luego que subió al puente.

—Aquí teneis la orden de desembarcar, le dijo; mi bote os espera al pié de la escalera.

IX.

INCERTIDUMBRE.

Cada cual estaba en su puesto para aparejar; el comandante de la *Severa* sobre la toldilla mandando la maniobra, aunque Desbagues estaba á su lado como oficial encargado de mandarla; los marineros, repartidos en los pasamanos y en la arboladura ó formados en las barras del cabrestante, cuya accion dirigia Fargeolles, y los alumnos y demás individuos de la tripulacion colocados en los diversos centros de movimiento.

Gaussard, como gaviero de bauprés, se ocupaba del áncora, que no podia tardar en ser arrancada y asomar fuera del agua.

El teniente Renaud se hallaba precisamente cerca de Gaussard, porque en las grandes circunstancias, como en la de aparejar, el segundo toma siempre el mando del alcázar.

Solo el antiguo marinero oyó las palabras del empleado colonial cuando se acercó á Julio.

—La orden de desembarcar! murmuró el teniente tomando el documento oficial de las manos del subcomisario; os doy las gracias por vuestro celo, señor de la Riziere, y podeis contar con mi eterno agradecimiento.

Gaussard escuchaba con asombro y dolor.

—Vamos... ¿Qué haceis? exclamó el subcomisario; el tiempo urge; daos prisa á avisar al comandante, mandad que pongan vuestros efectos en el bote y partamos!

Julio permanecía inmóvil: los sentimientos mas opuestos le agitaban con violencia.

—Antonina os espera, dijo el señor de la Riziere.

El oficial dió algunos pasos para bajar del alcázar y presentarse al señor de Kergal, pero fué detenido al paso por Gaussard.

—¿Cómo! ¡partis! dijo el gaviero con tono de reproche; es decir que nos engañabais ayer, señor Renaud?

—No os engañaba! respondió vivamente Julio que no creyó rebajar su dignidad justificándose á los ojos del gaviero; nuevas circunstancias me han hecho cambiar de parecer.

—Mal hecho, respondió Gaussard; pero Dios quiera que vuestra resolución no os acarree alguna desgracia! No os digo hasta la vista, porque el viejo Gaussard no volverá de este viaje.

—Es imposible obrar de otro modo; debo partir, es preciso.

—Dios os guarde! Nosotros quedamos sin vos abandonados al demonio.

—¿Querriais verme morir de pena?

—El caso es, dijo el gaviero, que si decís la pura verdad, mas vale que seamos nosotros los que *traquemos el bichero*. Adios pues, señor Renaud, y tened cuidado de los marineros que mandeis mas adelante.... ¡qué felices serán ellos!

La noticia del desembarque inmediato de Julio circuló sordamente por entre los marineros; todos los semblantes expresaban la consternacion y el teniente leia en todas las miradas severos reproches.

El señor de la Riziere le siguió con ansiedad. Cuando pasaban cerca del cuartel de esco-

tilla de popa, Fargeolles, que estaba en la batería y vió en la mano de Julio la orden para desembarcar, subió rápidamente y le dijo al oido:

—¿Es decir que habeis olvidado que os escupi en el rostro? Nuestra expedicion puede durar mucho tiempo, y antes de algunas semanas un hombre noble y valiente hubiera hallado ocasion de lavar con sangre tal afrenta; pero si desembarcais, la señora de la Riziere lo sabrá todo, pues he escrito una carta con este objeto. Desembarcad ahora, desembarcad!

Julio lanzó una mirada de reto mortal á su enemigo, y en vez de responder, hizo pedazos la orden de desembarco.

El señor de la Riziere se quedó atónito.

—Señor de la Riziere, le dijo Julio, no sé si volveré á veros, pero nunca olvidaré lo que habeis hecho por mí. Solo tengo que pedir os un favor, y es que os digneis dar de mi parte un adios á la señorita Antonina, y que le digais que solo con la muerte desaparecerá de mi mente su recuerdo.

El teniente estrechó por última vez con efusion la mano del señor de la Riziere y volvió á su puesto de maniobra.

—Está levada el ancla! dijo Gaussard.

—Está levada el ancla! repitió el oficial con voz vibrante de cólera.

—Iza el foque mayor! mandó el señor de Kergal, quien era tal vez el único que ignoraba lo que acababa de suceder á bordo.

El bote del señor de la Riziere se alejó sin llevarse á Julio Renaud.

Gaussard se estremeció de gozo y juró solemnemente que velaria por el oficial.

—Que me fusilen, exclamó, si le sucede alguna desgracia. ¡Ah! ¡mil rayos!.... aun me acuerdo del pobrecillo señor de Pierremont!

Cuando el señor de la Riziere volvió á su casa, le recibieron su esposa y su hija que le esperaban con impaciencia.

—¿De dónde vienes tan temprano? preguntó la primera: ¡ibas á llevar al señor Renaud su orden de desembarco?

—Si lo sabes ¿por qué me lo preguntas?

—¿Ha desembarcado?

—¡Ah! no; respondió el subcomisario.

Antonina lanzó un grito desgarrador y se desmayó; las mulatas de la casa la trasladaron á su aposento. Cuando volvió en sí, acudieron á su mente amargas reflexiones.

—¿Será cierto? Julio no ha hecho caso de mis súplicas ni de mi carta! ¿Es posible que se haya quedado á bordo á pesar de las instancias de mi padre?

La jóven sentia un vivo dolor mezclado de enojo, y al mismo tiempo tenia miedo de Fargeolles.

(Se continuará).

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion).

90. ¿Están dotados de calor los vegetales?

Sí; por do quiera que el oxígeno se combina con el carbono para formar gas ácido carbónico, se verifica una produccion de calor por instantáneo que sea. Semejante combinacion ocurre de una manera mas extensa durante la germinacion de las semillas y la impregnacion de las flores que en ningun otro tiempo. En la germinacion de la cebada amontonada en graneros antes de ser convertida en *malta* se sabe perfectamente que se desarrolla en ella una cantidad considerable de calor.

91. ¿Se ha hecho sobre este particular alguna investigacion minuciosa?

Sí; Lamarck, Senebier y De Candolle encontraron las flores del *Arum Maculatum*, entre tres y siete de la tarde, 7 grados de Beaumur mas calientes que el aire exterior. Schultz halló una diferencia de 4 á 5 gr. entre el calor de la espata del *Canadian pinnatifolium* y el aire contiguo de seis á siete. Otras observacio-



Pensad que hay aqui doscientos á quienes sacrificais saliendo del buque. (Pág. 54, col. 3.)

nes han establecido diferencias hasta de 30 grados entre la temperatura de la espata del *Arum cordifolium*, y la del aire atmosférico inmediato.

92. ¿Tienen alguna vez las plantas una temperatura mas baja que el aire que las rodea?

Sí. No solamente se ha averiguado que bajo particulares circunstancias el calor de ciertas partes de las plantas se eleva á un grado notable, sino que bajo casi todas las circunstancias tienen una temperatura diferente de la del aire externo, siendo mas calientes en invierno y mas frias en verano.

93. ¿Cuántos géneros hay de combustion?

Tres, á saber: oxidacion lenta cuando se desenvuelve muy poca ó ninguna luz; una combinacion mas rápida cuando el calor es tan grande que se vuelve luminoso; y una accion mas enérgica todavía cuando se convierte en llama.

94. ¿Por qué el fósforo parece luminoso?

Porque sufre una combustion lenta.

95. ¿Por qué la madera podrida y el pescado alterado parecen luminosos?

Porque sufren una combustion lenta. En estos casos el calor y la luz desarrollada son siempre poco considerables. Pero la cantidad total de calor, y probablemente de luz producida en el largo periodo de esta lenta oxidacion asiende exactamente á la misma cantidad que se desenvolveria durante la mas rápida combustion de las mismas sustancias.

96. ¿Qué es llama?

Una materia gaseosa que arde á una temperatura muy elevada.

97. ¿Por qué cuando añadimos carbon de piedra al fuego oímos como el gas se escapa sin inflamarse?

Porque siendo el fuego escaso, la temperatura no es bastante elevada para inflamar el gas.

98. ¿De qué especie es el gas que se desprende del carbon de piedra?

Hidrógeno carbonado.

99. ¿Por qué si encendemos un pedazo de pa-

pel y lo ponemos en el sitio por donde pasa el gas que se desprende del carbon de piedra se inflama en seguida?

Porque la llama del papel tiene suficiente calor para inflamar el gas; y tambien porque el hidrógeno necesita el contacto de la llama para inflamarse.

100. ¿Por qué cuando el carbon de piedra se ha calentado se inflama el hidrógeno?

Porque el carbono del carbon de piedra y el oxígeno del aire han empezado á combinarse y han aumentado en gran manera su calor, produciendo una combustion rápida tan próximamente cercana de la llama que inflama el hidrógeno.

101. ¿Qué temperatura se necesita para producir llama?

Esto depende de la naturaleza del combustible que se desea quemar. Fósforo ó hidrógeno fosforado sutilmente dividido se inflamaria á una temperatura de 60 á 70 gr.; el fósforo sólido á 140 gr.; el sulfuro á 500 gr.; el hidrógeno y el óxido carbónico á 1,000 gr. (calor rojo); gas de carbon de piedra, éter, trementina, alcohol, sebo, y madera á 2,000 gr. (calor blanco incipiente). Despues de inflamados continuarán ardiendo conservando una temperatura elevada.

102. ¿Qué es humo?

El humo se compone de pequeñas partículas de carbono, de gas hidrógeno y de otras materias volátiles que, expelidas por el calor, se escapan por la chimenea.

103. Al escaparse esta materia ¿no se desperdicia una parte de combustible?

Sí, puesto que podria hacerse que ardiera toda sabiéndola emplear mejor.

104. ¿Cómo podria evitarse este desperdicio?

Echando la hulla de poco en poco de manera que el calor del fuego fuese suficiente para consumir esas materias volátiles cuando se desprenden.

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Fuegos de colores.

| | | |
|--------------|----------------------------------|------------|
| BLANCO. . . | —Clorato de potasa. | 14 partes. |
| | Nitro. | 16 " |
| | Azufre. | 10 " |
| | Sulfato de antimonio. | 6 " |
| | Rejalgar. | 3 " |
| AZUL. . . . | —Clorato de potasa. | 4 partes. |
| | Nitrato de cobre. | 2 " |
| | Azufre. | 2 " |
| | Zinc. | 1 " |
| VERDE. . . | —Nitrato de barita. | 10 partes. |
| | Azufre. | 2 " |
| | Clorato de potasa. | 3 " |
| | Calomel. | 1 1/2 " |
| | Negro de humo. | 1/2 " |
| AMARILLO. — | Nitro. | 16 partes. |
| | Polvorin. | 14 " |
| | Azufre. | 4 " |
| | Succino. | 4 " |
| | Benjuí. | 1 " |
| | Resina de pino. | 2 " |
| VIOLETA. . . | —Clorato de potasa. | 14 partes. |
| | Creta. | 5 " |
| | Azufre. | 6 " |
| | Clorato de cobre. | 4 " |
| | Calomel. | 4 " |
| ROJO. . . . | —Nitrato de estronciana. | 49 partes. |
| | Laca. | 10 " |

La manipulacion es de lo mas sencillo, pues basta pulverizar separadamente cada uno de los componentes, y mezclarlos agitándolos con la hoja de un cuchillo: cuando están bien mezclados, se cargan con ellos unos botes de papel sencillo de unos 4 centímetros de diámetro y de 8 á 9 centímetros de alto, los cuales se ceban con un poco de yesca ó estopin para encenderlos.

Es absolutamente necesario [el pulverizar separadamente los materiales, pues la mezcla de la mayor parte de ellos es fulminante.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.